

LLAMADOS A EVANGELIZAR



Introducción

Durante el año 2017 la Familia Vicenciana celebramos el 400 aniversario del origen del carisma vicenciano. Nuestra Comisión de Formación, en coordinación con la Comisión Interprovincial C.M. para la celebración de este año, ofrecerá algunas reflexiones que nos estimulen, a los misioneros de la Congregación de la Misión y al resto de la Familia Vicenciana en España, a vivir mejor personal y comunitariamente nuestro carisma y a realizarlo sirviendo al mundo al que el Señor nos está enviando.

Durante este año propondremos varios aspectos integrantes del carisma vicenciano. Uno de ellos, el germinal y quizás el más englobante y característico es **el anuncio del evangelio**, con obras y palabras, a los pobres y más abandonados. Participada de la vocación y misión de la Iglesia y la de todo cristiano, ésta es también la vocación y misión de todo seguidor y seguidora de San Vicente de Paúl: **evangelizar**, es decir, “dar a conocer a Dios a los pobres, anunciarles a Jesucristo, decirles que está cerca el reino de los cielos y que ese reino es para los pobres. ¡Qué grande es esto!” (SVP., Edición Sígueme-CEME = ES. XI, 387).

1. Seguidores de Jesucristo Evangelizador

“Hemos sido escogidos por Dios como instrumentos de su caridad inmensa y paternal, que desea reinar y ensancharse en las almas” (ES. XI, 553). “Evangelizar a los pobres es lo que él hizo y lo que quiere seguir haciendo por medio de nosotros” (ES. XI, 386).

La misión y la actuación del vicenciano, como la de todo cristiano, nace y es consecuencia de la experiencia y de la conciencia de su vocación: mirados, interpelados, llamados, enviados.... por Jesucristo. Somos llamados por Cristo para estar con él y, con Él, para llevar adelante la misma misión que dio sentido a su vida humana histórica, vida del Hijo Amado. Los cristianos, los vicencianos, somos aprendices suyos, partícipes de su experiencia de Dios que interviene en la historia salvándola (su Reino), receptores de su Espíritu renovador

de la creación, proseguidores de su entrega, pasión y pascua por la humanidad. ¡Sólo quien se deja arrastrar por esta transformadora experiencia espiritual está en camino de irse convirtiendo en evangelizador!. El primer peldaño, pues, de la evangelización es volver a Jesucristo, dejarnos transformar por Él, revestirnos de su Espíritu, de sus actitudes, sus sentimientos, sus más profundos deseos y sus pasiones. Es acercarnos a la experiencia recomendada por San Vicente: “Acuérdese, padre, de que vivimos en Jesucristo por la muerte en Jesucristo, y que hemos de morir en Jesucristo por la vida de Jesucristo, y que **nuestra vida tiene que estar oculta en Jesucristo y llena de Jesucristo**, y que, para morir como Jesucristo, hay que vivir como Jesucristo” (ES I, 320).

El evangelio salvador y el anuncio de esta buena noticia son iniciativa de la misericordia de Dios en su Hijo. Nuestra evangelización sólo es continuación de la suya; nuestra fuerza y nuestra misión radican en Él, conscientes de que “sin mí no podéis hacer nada” (Jn 15, 5). Somos, pues, **continuadores e instrumentos de la misión evangelizadora de Jesucristo**; somos sus servidores, quienes prolongan su presencia y su misión. Así nos lo recuerda San Vicente: “Es preciso que Jesucristo trabaje con nosotros, o nosotros con él; que obremos en él, y él en nosotros; que hablemos como él y con su espíritu, lo mismo que él estaba en su Padre y predicaba la doctrina que le había enseñado” (ES. XI, 236).

Ser continuadores de la misión que Jesucristo nos ha encomendado es un don gratuito y, al mismo tiempo, apremia a cada vicenciano a entrar en un camino de conversión permanente y a dejarse transformar por el Espíritu para identificarnos con Cristo, para encarnar en nosotros el mismo amor de Cristo, para sentirnos responsable de la sangre de Cristo, para sentir que la mayor necesidad de la Iglesia es la de tener hombres evangélicos, para no tener miedo a los riesgos que supone el anuncio del evangelio y para sentirse llamado al martirio. “Cada uno tiene que tender, por consiguiente, a asemejarse a nuestro Señor, a apartarse de las máximas del mundo, a seguir con el afecto y en la práctica los ejemplos del Hijo de Dios, que se hizo hombre como nosotros, para que nosotros no sólo fuéramos salvados, sino también salvadores como él; a saber, cooperando con él en la salvación de las almas. (ES XI, 414-415).

2. El ser humano es el primer y fundamental camino de la Iglesia

“Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único, para que quien crea en él no perezca, sino tenga vida eterna. Dios no envió a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por medio de él” (Jn 3, 16-17).

San Juan Pablo II, siguiendo el espíritu del Concilio Vaticano II, afirma en su encíclica *Redemptor Hominis* que **el hombre es el camino primero y fundamental de la Iglesia, camino trazado por Cristo mismo**. “El hombre –en su ser personal y a la vez comunitario– es el primer camino que la Iglesia debe recorrer en el cumplimiento de su misión; porque el hombre –todo hombre sin excepción– ha sido redimido por Cristo, porque con el hombre –cada hombre sin excepción– se ha unido Cristo de algún modo, porque –a todo hombre y a todos los hombres– Cristo da su luz y su fuerza para que pueda responder a su máxima vocación” (RH 14).

En Cristo, Dios Padre ha hecho de cada ser humano y de toda la humanidad la niña de sus ojos, la destinataria de su benevolencia: ésta humanidad concreta, también la de hoy día, la humanidad inspirada por la verdad, el bien y la belleza; la humanidad, al tiempo, arrastrada por la insolidaridad y sumergida en guerras violentas interminables. Pero el Espíritu de Dios habita y guía a la humanidad en sus victorias y derrotas, y en ella va suscitando semillas de nueva humanidad y nueva creación. Por consiguiente, nuestra

primera tarea como evangelizadores es ésta: **creer en la humanidad de la que nosotros mismos formamos parte, creer que el Espíritu de Dios la conduce y amar de corazón a cada ser humano.**

El corazón de cada vicenciano evangelizador no puede encerrarse en estrechas causas, ni limitarse a pequeños horizontes; tampoco puede dejarse vencer, pese a las apariencias, por una consideración pesimista del mundo y de la sociedad actual. Nuestro amor y nuestro dolor es el ser humano: nuestro corazón, en nuestra misión evangelizadora, ha de batirse por los grandes retos y batallas de nuestra humanidad. Las luchas de la humanidad han de ser nuestras luchas; la causa del ser humano ha de ser nuestra causa, porque también ésta es la causa de Dios Padre creador y salvador. Como el Señor Jesucristo y con Él, somos servidores de la humanidad, del ser humano concreto.

¿Puede nuestro anuncio evangelizador realizarse al margen o sin tener en cuenta, por indicar un ejemplo actual, los “**objetivos de desarrollo sostenible**” identificados por la ONU el pasado mes de septiembre como objetivos mundiales para los próximos 15 años?. Prefiero, en vez de indicarles aquí, invitarles a que ustedes acercarse a ellos personalmente. ¿Qué servicio evangelizador prestaría la Iglesia, y nosotros en y con ella, a la humanidad si no recorre estos caminos desafiantes y concretos del hombre actual?. La buena noticia del evangelio cristiano no se reduce a ellos, les supera con mucho; pero si el evangelio del Dios cristiano no les incluye en sus entrañas no tiene muchas posibilidades de ser acogido como buena noticia por el hombre actual.

Además, sólo un amor compasivo, intenso y sentido por cada ser humano y por toda la humanidad nos irá acercando más y más a sus miembros más vulnerables y heridos, a los últimos, a los pobres. ¿Quién podrá evangelizar y servir a los pobres si cierra los ojos, se olvida y se ausenta del sufrimiento de la humanidad?.

Así se expresaba San Vicente: “Me acuerdo de que antiguamente, cuando volvía de alguna misión, me parecía que, **al acercarme a París, se iban a caer sobre mí las puertas de la ciudad para aplastarme**; muy pocas veces volvía de la misión sin que se me ocurriera este pensamiento. La **razón de esto es** que pensaba dentro de mí mismo: “Tú vuelves a París, y hay otras muchas aldeas que están esperando de ti lo que acabas de hacer aquí y allá. (...) Están esperando que vayas a hacer entre ellos lo mismo que acabas de hacer con sus vecinos; **están esperando una misión, ¡y tú te vas y los dejas allí!** (ES XI, 317).

Mirar a la humanidad y sentirla clamándonos por dentro, con Dios creador y providente. En esto, para los vicencianos, son camino inspirador el ejemplo de vida de San Vicente y de nuestros fundadores. En esto, para los vicencianos, se hacen más interpelantes las llamadas de la Iglesia a “salir a las periferias humanas”, donde las heridas de la humanidad están más en carne viva.

3. Justicia, paz e integridad de la creación (PJIC)

Pablo VI, en la Evangelii Nuntiandi, ensanchó el concepto de evangelización: ésta no se reduce al anuncio explícito del Evangelio, sino que asume la transformación de toda la persona humana y de la sociedad. Esto significa que la doctrina social de la Iglesia es parte integrante de la evangelización de la Iglesia (Compendio Doctrina Social de la Iglesia, 66).

En la *Evangelii Nuntiandi*, al plantear la relación entre el mensaje religioso salvífico del Evangelio y la liberación humana, Pablo VI afirmó la **finalidad específicamente religiosa de la evangelización**, indicando que la liberación que anuncia y realiza la evangelización no puede reducirse a la dimensión económica, política, social o cultural, sino que debe abarcar al hombre entero, en todas sus dimensiones, incluida su apertura al Absoluto, que es Dios (EN. 33). Y, al mismo tiempo, puso de relieve los fuertes vínculos – antropológicos, teológicos y evangélicos– existentes entre la evangelización y la promoción humana (desarrollo, liberación). La caridad evangélica es lazo de unión entre ambas. Por ello, se pregunta: ¿cómo proclamar el mandamiento nuevo sin promover, mediante la justicia y la paz, el verdadero, el auténtico crecimiento del hombre? Y afirma que **no es posible aceptar que “la obra de evangelización pueda o deba olvidar las cuestiones extremadamente graves, tan agitadas hoy día, que atañen a la justicia, a la liberación, al desarrollo y a la paz en el mundo**. Si esto ocurriera, sería ignorar la doctrina del Evangelio acerca del amor hacia el prójimo que sufre o padece necesidad” (EN. 31).

La centenaria doctrina social de la Iglesia ha ido descubriendo, madurando profundizando y confirmando este vínculo inseparable entre evangelización y promoción humana.

“Era el mes de enero de 1617 cuando sucedió esto; y el día de la conversión de san Pablo, que es el 25, esta señora me pidió, dijo el padre Vicente, que tuviera un sermón en la iglesia de Folleville para exhortar a sus habitantes a la confesión general. (...) Aquel fue el primer sermón de la Misión y el éxito que Dios le dio el día de la conversión de san Pablo: Dios hizo esto no sin sus designios en tal día (ES XI, 700).

Solemos recordar esta experiencia evangelizadora de San Vicente y cómo la “confesión sacramental general”, que es gracia de reconciliación y de paz, fue una de las metas de las misiones vicencianas al pueblo. Pero, hoy día, siguiendo también la experiencia de San Vicente tenemos que ensanchar el horizonte de la reconciliación. Las actuaciones caritativas e imaginativas de San Vicente para socorrer a las regiones devastadas por las guerras y sus intervenciones resueltas para conseguir la paz también forman parte de su evangelio de la reconciliación.

Cristo es nuestra paz y su evangelio es evangelio de paz; Él nos ha reconciliado con Dios y entre nosotros. Por eso, un **aspecto fundamental e integrante de la evangelización es la causa de la reconciliación y la paz con Dios, entre los hombres y con la creación**.

Quizás la causa más reclamada por los Papas ante las Naciones Unidas ha sido la causa de la paz. “¡Nunca jamás guerra! Es la paz, la paz, la que debe guiar el destino de los pueblos y de toda la humanidad” (Pablo VI, 1965, Discurso en la ONU). El inicio de 2017 ha marcado la celebración de la 50ª jornada mundial por la paz. Los diversos motivos de estas jornadas resaltan el rostro contemporáneo del evangelio de la reconciliación y de la paz. Evito también aquí hacer el elenco de los lemas de estas jornadas e invito a cada vicenciano a hacer el esfuerzo de acercarse a ellos para comprobar que las dimensiones de la paz son parte de nuestra actual misión evangelizadora y vicenciana. (Cf. <http://www.iustitiaetpax.va/content/giustiziaepace/es/magistero-sociale/gmp.html>).

El Papa Francisco, con fecha 1 de enero de 2017, ha instituido el dicasterio (ministerio oficial vaticano) para “el Servicio del Desarrollo Humano Integral”, en el que confluyen la solicitud de la Iglesia católica por todo cuanto se refiere a la justicia, la paz, las cuestiones relativas a las migraciones, la salud, las obras de la caridad y el cuidado de la creación/casa común, los enfermos y excluidos, los marginados y las víctimas de los

conflictos armados y de las catástrofes naturales, los encarcelados, los desempleados y las víctimas de cualquier forma de esclavitud y de tortura.

¿No tendría que ser este “ministerio eclesial” uno de los más cercanos al corazón de todo vicenciano, máxime a la vista del lema para este nuestro año jubilar: “**Fui forastero y me acogisteis**”? ¿No tendríamos los vicencianos que sintonizar más en nuestras acciones evangelizadoras con la sigla JPIC (Justicia, paz e integridad de la creación)?.

“Paz, justicia y conservación de la creación son tres temas absolutamente ligados, que no podrán apartarse para ser tratados individualmente so pena de caer nuevamente en el reduccionismo” (Laudato Si’, 93). Resulta que hoy día la causa de nuestra vocación evangelizadora nos va a exigir, como cristianos y vicencianos, ensanchar nuestro horizonte y trabajar no sólo por la justicia y la paz, puntos salientes de la doctrina social de la Iglesia, sino también por sembrar paz en toda la creación y por promover el “evangelio de la creación”, y de una ecología humana e integral. La encíclica Laudato si’ puede ayudarnos a despejar cualquier perplejidad y escepticismo al respecto.

Trabajar por la causa de la promoción humana en todas sus variantes, por la causa de la justicia local y global, de la paz interpersonal y social, del cuidado ecológico de la casa común del planeta **es parte fundamental hoy día de la evangelización de los pobres y marginados**. Pues precisamente los pobres son las más evidentes víctimas y el “producto más inhumano” de las injusticias estructurales, de las guerras y la violencia que se llevan por delante todo derecho humano, de la degradación salvaje de la casa común que convierte el antiguo “paraíso natural y terrenal” de los pobres en el actual estercolero de nuestro consumismo caprichoso y contaminante.

4. Inculturar el evangelio y evangelizar la cultura

Si en el terreno propuesto en el epígrafe anterior (JPIC) los evangelizadores cristianos y vicencianos podemos sentir la solidaridad de muchos hombres de buena voluntad, en el contenido del presente, el evangelio y la culturas humanas, el consenso es mucho más difícil y el diálogo más necesario. Hoy, en el siglo XXI, sentimos con especial agudeza la experiencia paulina: “Como, por la sabia disposición de Dios, el mundo con su sabiduría no reconoció a Dios, dispuso Dios salvar a los creyentes por la locura de la cruz. Porque los judíos piden señales, los griegos buscan sabiduría, mientras que nosotros anunciamos un Mesías crucificado, escándalo para los judíos, locura para los paganos; pero para los llamados, judíos y griegos, un Mesías que es fuerza y sabiduría de Dios (1 Cor 1, 21-24).

También Pablo VI en su *Evangelii Nuntiandi* (1975) puso ante la conciencia de la Iglesia el hecho de que la evangelización tiene mucho que ver con la cultura y las culturas humanas (EN. 18-20). La evangelización no consiste sólo anunciar el evangelio a las personas individualmente consideradas, sino llevar la Buena Nueva a todos los ambientes de la humanidad y, con su influjo, transformar desde dentro, renovar a la misma humanidad. La evangelización trata de alcanzar y **transformar con la fuerza del Evangelio los criterios de juicio**, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y **los modelos de vida de la humanidad, que están en contraste con la palabra de Dios y con el designio de salvación** (EN 18-19).

Desde esa fecha hasta el presente, la Iglesia ha integrado en su misión, cada vez con más claridad y precisión, la tarea de la evangelización de las culturas y de la inculturación

del evangelio. La **nueva evangelización** no sólo es exigencia de la **novedad permanente del evangelio de Dios**, sino que es desafío suscitado por la **nueva época histórica** que humanidad construye. Desde sus inicios, la Iglesia, en su expansión evangelizadora, tuvo que dialogar con las diversas culturas que encontraba y hacer significativo su mensaje salvífico mediante un lenguaje comprensible e inteligible. Hoy en día, la Iglesia y su misión evangelizadora siente este mismo desafío con una mayor radicalidad. No me detengo a describir la situación cultural actual y la pluralidad de culturas en las que sobrevive nuestra humanidad. Muchos documentos eclesiales y de las ciencias sociales se ocupan de ello. Por otra parte, no siempre el diagnóstico de la situación es unánime. Mientras Samuel Huntington teorizó sobre el “Choque de civilizaciones” (1993), Mohammad Jatami introdujo la versión contraria del “Diálogo entre civilizaciones” (1998), asumida por la ONU en el 2001.

Por si esto fuera poco, principalmente a partir del Concilio Vaticano II, la Iglesia ha ido afinando su percepción con respecto a sí misma como instrumento universal de salvación (¿en qué sentido podemos decir, comprender y anunciar hoy “fuera de la Iglesia no hay salvación?”); ha iniciado un camino ecuménico de recíproco acercamiento y comprensión de las otras confesiones cristianas (precisamente en 2017 también se celebran los 500 años del inicio de la reforma de Lutero al clavar sus 95 tesis en la puerta de la iglesia del castillo Wittenberg) y ha resituado más positivamente el valor teológico y, en parte “salvífico” de las otras religiones no cristianas. La actual situación del Islam está llevando a toda la humanidad a una mayor conciencia de que “no habrá paz entre las naciones sin paz entre las religiones”.

Tanto la situación y el cambio cultural que vivimos como el ambiente religioso en el que nos movemos hoy día suponen un desafío histórico a la misión evangelizadora de la Iglesia y a la misión de cada cristiano. Y es histórico este desafío en el sentido de que antes, en la milenaria y anterior historia de la Iglesia, no se había presentado un desafío de tamaño radicalidad. Por esto precisamente **hoy es necesaria una nueva y más radical evangelización**.

No pretendo, en este breve apunte, ofrecer respuesta alguna. Sin embargo, intuyo que en este terreno cultural y religioso nos jugamos una buena parte de la credibilidad y de la significatividad del evangelio cristiano que pretendemos anunciar. Y, ante ello, necesitamos una profunda cura de humildad para escuchar la verdad que otros buscan, intuyen y tienen, una seriedad intelectual y sapiencial para sostener un diálogo sincero con nuestros contemporáneos que muchas están de vuelta ante cualquier mensaje religioso, una actitud de confiada valentía para seguir pronunciando el nombre santo del Dios Uno y Trino como aquel nombre en quien todo ser humano puede encontrar su definitiva plenitud. De una y otra manera, los últimos Papas, desde Juan XXIII hasta el Papa Francisco están conduciendo a la Iglesia por este difícil camino evangelizador.

La experiencia espiritual y evangelizadora de San Vicente de Paúl no es ajena a todo esta problemática cultural y religiosa, como nos lo manifiesta su preocupación por enseñar a las pobres gentes del campo los **misterios necesarios para su salvación** o su experiencia evangelizadora con el **hereje en Montmirail** en 1620 (ES XI, 727-730).

Él vivió casi en los inicios de la modernidad humanista-racionalista y de la división cristiana católico-protestante en Europa, una nueva cultura y un nuevo contexto religioso con respecto al de finales de la Edad Media. Salvando la distancia histórica y cultural que nos separa, San Vicente también percibió que el evangelio de la Iglesia sólo podía ser instrumento de salvación si la Iglesia presentaba un rostro creíble y más solidario con los

anhelos de la sociedad francesa de su tiempo y una “buena verdad” que mostrase la presencia del Espíritu de Dios. Nos han transmitido que San Vicente no fue una lumbrera intelectual en sentido teórico, pero fue capaz de cambiar el rostro de la Iglesia de su tiempo y su luz fue acogida por gentes de todas las clases sociales, intelectuales y culturales e incluso por quienes se profesaban jansenistas y protestantes. San Vicente fue un adelantado de su tiempo: no en vano hay quien afirma que su actuación caritativa postergó la aparición de lo que, más de un siglo después, explotó dramática y violentamente en la Revolución Francesa.

Los vicencianos necesitamos, en nuestra vocación y misión evangelizadora, conocer y entrar más profundamente en la cultura y las subculturas que por ósmosis nos influyen, en las religiones y las “pseudoreligiones” que comparten nuestro medio social, en las mentalidades lejanas a la nuestra de quienes viven en contacto con nosotros.

Conocer y tender puentes de diálogo: la verdad del nuestro evangelio tiene que saber acomodarse, sin desvirtuarse, para ser entendido por nuestros contemporáneos y al mismo tiempo tiene que ser fuego capaz de dejar a la vista los valores de nuestra sociedad y purificar la escoria de cuanto la deshumaniza, destruye y esclaviza. No podemos ser ingenuos: el evangelio propone una cultura, una civilización y un cambio cultural inaceptable para otras cosmovisiones. Pero deficiente es nuestra evangelización si no va siendo más y más capaz de evangelizar cada cultura y de inculturar el evangelio haciéndolo más inteligible y razonablemente aceptable. ¿Quizás la misión de los vicencianos solo está en colaborar en la construcción de la “civilización del amor”? Ciertamente el amor es fuerza fundamental de evangelización, pero el cuarto evangelio no en vano une inseparablemente el amor y la verdad. He aquí para nosotros como vicencianos un reto ineludible.

“Nuestra primera tarea al acercarnos a otro pueblo, a otra cultura, a otra religión es la de quitarnos los zapatos, ya que el lugar al que nos acercamos es sagrado. De otra forma podemos encontrarnos pisando los sueños de otros. Más grave aún, podríamos olvidar que Dios estaba allí antes de nuestra llegada” (Max Warren, pastor evangélico, 1904-1977).

José María Nieto, C.M.

(ANALES, Enero-Febrero, 2017)